

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8394

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚMS. 4 Y

PRECIO DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Loreite, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. G. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Viernes 25 Octubre de 1889

DESPIERTA.

Despierta Elisa: el matinal albor
Las densas sombras almyentando va,
Y vuela el aura perfumada ya,
Sus alas leves en la fresca iloi.

Ven; no hay encanto, para mi mayor
Que el que tu vista á mis sentidos da,
Ven, que en las tazas humeando está
El aromado y sin igual licor,
Café de *El Barco de Valencia* es,
De el que te gusta con pasión á tí
Porque conserva á par nuestra salud.
Por él sin fiebre y con color te ves,
Por él me tienes á tu lado á mí
¿Serás ingrata con *El Barco* tú?

Los exquisitos chocolates, cafés y tés de *El Barco de Valencia* se venden en todas las tiendas de ultramarinos en la provincia de Murcia, representante general para las ventas al por mayor Benigno Sánchez Risueño, 3 Caridad 3. Cartagena.

Recomendamos.—*Quina dulce Baeza*.—(Véase anuncio 3.ª plana.)

Véase en la cuarta plana el anuncio de los grandes almacenes de *Printemps*.

BISMUTO FERRO
VIVAS PEREZ
Cura inmediatamente toda
Diarreas (de los niños)
Vómitos (de los niños)
Fiebre
Catarros y diarreas en estómago
Disenterias, Vómitos (de los niños) y de las embarazadas

¡DESPIERTA FERRO!

La proximidad de las elecciones municipales, ha puesto sobre el tapete en la prensa local, una cuestión que no puede ser de más beneficiosa transcendencia para este pueblo y que sin duda alguna por esta razón, no se ve resuelta nunca, apesar de que en multitud de ocasiones y con diversos motivos se ha intentado su resolución, ya por la prensa ya por personas de excelente voluntad, teniendo unos y otros el disgusto de ver fracasada una obra que había de dar por fruto el engrandecimiento de Cartagena, que desde hace mucho tiempo ve malogrados sus naturales elementos de prosperidad, sin vislumbrar el remedio del mal que con fatal tenacidad la aqueja.

Desde luego habrán comprendido nuestros lectores, que nos referimos á la formación de un municipio compuesto de personas que reúnan las cualidades indispensables, para que al encargarse de la administración municipal, se inspiren solamente en el bien de Cartagena, depouiendo ante esta santa enseña, todo aquello que pudiera significar la más remota contrariedad para tan laudable fin

Como toda la prensa local, hemos coadyuvado en la modesta proporción que nos es dable para la consecución del propósito enunciado y como ya hemos dicho, nuestros esfuerzos han resultado completamente valdíos, mas apesar de tan continuados fracasos, hemos perseverado en nuestra obra, publicando no hace mucho un artículo titulado *Los Electores*, en el que una vez más expresábamos nuestras ideas, con respecto á la grave responsabilidad moral que contraen los electores sin conciencia de la función que ejercen y al mal proceder de aquellos que inspirados por un

egoismo suicida, abandonan la gestión de los negocios del pueblo, para lamentarse luego de las necesarias consecuencias de su conducta.

Apesar de estar tan reciente la declaración de nuestras opiniones sobre el particular que nos ocupa, alentados por la noble tarea á que en estos días se entregan los periódicos locales, vamos á secundar sus esfuerzos, poniendo nuevamente de manifiesto los graves resultados que para Cartagena acarrea tan desatentada conducta y los únicos medios de imponer el imprescindible remedio, que según nuestra creencia son posibles.

Por desgracia para nuestra querida Cartagena, no necesitamos esforzarnos en exponer los males que experimenta á consecuencia del sistemático alejamiento de su administración, de aquellas personas que por su carácter, sus antecedentes, su falta de compromisos políticos y su reconocido amor á este pueblo, son las llamadas á proporcionarle los bienes de que hoy carece.

La vasalladora elocuencia de los hechos, nos demuestra á cada paso lo que en verdad no necesita demostración. Las contrariedades que á cada momento experimenta Cartagena en su marcha hacia su engrandecimiento, nos dicen con indiscutible verdad, que sus destinos no están regidos, por aquellos que debieran.

El *manifiesto desamparo*, en que en las esferas del Gobierno, se deja siempre á Cartagena aun en medio de sus mayores necesidades; el poco aprecio que se hace de sus indicaciones encaminadas á conseguir elementos para su prosperidad y la opinión desventajosa que se tiene en dichas esferas de nuestras personas y cosas, son sin duda alguna inequívocas consecuencias del mal que lamentamos.

La falta de resolución de los problemas que han de impulsar á Cartagena por la senda de la prosperidad y el engrandecimiento, así como también las contrariedades que á cada momento dificultan su marcha por el camino del adelanto, son también funestas secuelas de la desgracia que motiva las unánimes quejas de que nos hacemos eco.

Se hace pues indispensable, que no se demore el remedio de un mal cuya intensidad aumenta á medida que pasa el tiempo, aunque para ello se tenga que hacer un supremo esfuerzo, que después de todo, nunca estará en relación con los beneficios que ha de reportar.

En nuestro entender existen dos medios de remediar la calamidad que nos agobia.

El primero consiste en la regeneración del cuerpo electoral, que sacudiendo la indiferencia que lo anulá y prescindiendo de toda mira política y contraria al interés común, llevara al municipio á los hombres á que hemos aludido como segura garantía para el bien general, obligando de este modo á los retraídos y egoistas, que entonces no tendrían más remedio que prestar su concurso para conseguir los beneficios resultados que todos anhelan.

El segundo medio capaz de proporcionar tan valioso éxito, lo hacemos depender de una poderosa iniciativa tomada por una ó varias personas de positivo valer, por

una colectividad ó por cualquier representación legítima de las aspiraciones unánimes.

Ya de una manera ya de otra, es hora de que los hombres que la voz general designa como los llamados á salvar á Cartagena de su total ruina, acudan á cumplir el deber en que todos los ciudadanos se encuentran, ayudando á redimir lo que constituye sus intereses y sus más caras afectaciones; lo que significa en fin, el suelo donde uno nace y vive y donde está el objeto de todas las aspiraciones de su existencia.

MODAS PARISIENSES.

En principio, salvo raras excepciones, puede decirse que ha quedado completamente relegado el vestido de forma abultada ó redondo con aspecto de enagua.

La *draperia* de estilo, (*savaute*), por ser la que más se acerca á la túnica antigua tal como nos la presentan nuestros grandes pintores de historia, es el modelo destinado á prevalecer muy pronto.

Los pliegues y reales irán guarnecidos de pasamanería, bordados, bandas y broches artísticos del gusto más delicado.

La falta del vestido, en su amplitud muy reducida, se monta cuando está truncada á una espalda que termina en punta después de la comba.

La más nueva de estas formas es la *redingote*, continuándose por dos pliegues bastante huecos.

Las vestas se hacen abiertas, de modo que permitan que los chalecos sean variados y de tonos los más caprichosos.

El chaleco de pliegues cruzados, en terciopelo ó paño, ya abierto en lo alto sobre un plastrón de *faulle* blanca.

Los chalecos en peluche ó guarnecidos de bandas de pieles están ya anunciados y los veremos próximamente.

Las pieles, por lo demás no han de tardar en generalizarse para toda clase de confecciones.

Como los galones y las piezas bordadas, se las empleará para charreteras, birretes, puños, mangas, limosneros, etc.

La chaqueta figura en primer término en el vestido de invierno, junto con el largo abrigo de valonas ó de capucha.

La variedad consiste solo en las diferentes formas para los abrigos y en los adornos para las chaquetas.

Como prenda de transición, la peregrina de paño y la manteleta de terciopelo se llevan mucho todavía.

La peregrina de varias valonas se hace en paño claro, con blanco, ó bien del mismo tono del traje.

La manteleta de terciopelo se guarnece de pasamanería mate, pues el canutillo empieza á caer en desuso y por consiguiente, en desgracia.

Stella.

Variedades.

Charada

¿Todo Juan en la oficina?

Pues que vaya á la dos primera.

Lucas Puente.

La solución en el número próximo.

EL TENOR PIEDAGNOUL.

(DE GEORGES LEFEVRE.)

—¿Conque han echado abajo otro tenor?—

pregunta á su director artístico el empresario del teatro de Argel.

—Sí; ¡no lo han dejado acabar! Y van cuatro tenores en doce días.

—Al fin y á la postre habrá que darles á Piedagnoul; y mientras lo tiran tendremos tiempo de hacer que venga otro.

—¿Conque piensa V. debutar, Piedagnoul? —dijo el director dirigiéndose al tenor, un joven muy buen mozo, con ojos de gacela, hombros de mozo de cuerda y fisonomía de emperador romano.

—Pues como siempre, querido, con «Los Mosqueteros de la Reina.»

—De modo que lo anunciaré para mañana, á menos que V. no necesite ensayarlos.

—¿Ensayar yo? ¡Nuncal! ¡Jamás! Anuncie usted para mañana y me avisa.

La entrada del tenor hizo sensación; llevaba el traje con la misma naturalidad que podrían llevarlo Montpoulier ó Bordeaux.

Tenia la voz un poco desagradable, pero era en cambio tan potente y tan sonora que el público se entusiasmó en seguida.

Los aplausos empezaron con la primera escena y no cesaron hasta que cayó el telón en el primer acto.

Piedagnoul tuvo que salir dos ó tres veces á saludar. Le echaron flores; fue una ovación delirante.

Sin embargo, el director creyó notar una arruga en la frente del artista, cuando fue á felicitarlo á su cuarto en el entreacto.

—¡Bravo, querido! —le dijo con efusión — esto marcha á las mil maravillas.

Espero que V. no dejará enfriar ese entusiasmo.

—Oiga V.—interrumpió Piedagnoul—haga usted poner un aviso para decir que estoy enfermo, ó que se ha muerto mi padre, lo que V. quiera, porque yo no vuelvo á escena.

—¿Que no vuelve V. á escena! ¡Y después de un debut como este! Pero ¿está V. loco, Piedagnoul?

—¡Pero, desgraciado! ¿V. no sabe lo que pasa?

—¿Qué?

—Yo debuto siempre con «Los Mosqueteros de la Reina», y nonch en mi larga carrera artística me han dejado pasar del primer acto. De modo que no he aprendido los demás.

—¿No los ha aprendido V.?

—¡No!, no los sé! No los conozco.

—Comprende V. ahora por que es preciso poner un aviso?

Piedagnoul fue á París instruido por la experiencia y decidido á estudiar, costase lo que costase, los dos últimos actos de «Los Mosqueteros de la Reina.»

Pero tenía poco dinero y la vida era dura.

Piedagnoul, no había conservado más que un guardarropa presentable, restos de su antigua elegancia.

En cuanto á dinero, había volado, y Piedagnoul se quedó con dos trages completos, un crédito limitado en el hotel, y la partitura de «Los Mosqueteros de la Reina.»

Una tarde de lluvia se paseaba con el estómago vacío en compañía de un amigo tan tronado como él, pues no tenían ni un franco para poderse meter en un café.

—¿Cómo matar el tiempo y no estropear su ropa á la intemperie?

—Pasaron por delante de la galería artística de un famoso comerciante en cuadros; el tenor levantó la cabeza y dijo:

—¡Vaya! Vamos á divertirnos contemplando obras de arte!